

ACLARANDO MI PROGRESISMO

Acabo de leer unas declaraciones del jesuita padre Llanos, patriarca de la renovación católica y símbolo del profundo sentido del cristianismo sincero, abierto y no-violento, y, si acaso, cuando más con «la violencia de los pacíficos», como titula con gran acierto su nuevo libro el monje calvinista Roger Schutz.

He leído despacio sus palabras, llenas de claridad meridiana, y me siento sustancialmente unido a ellas.

Lo mismo cuando habla, con respeto y franqueza, del mucho menor papel que, en este último Concilio Vaticano II, jugó nuestro episcopado español en comparación con la importancia que la Iglesia española tuvo en el siglo XVI en Trento, que cuando hace en general las demás afirmaciones. Como la que hace al que llama él precursor del Opus Dei, el benemérito padre Ayala, S. J., autor del libro «Formación de selectos», tan parecido a «Camino». O del viraje que hacia el mundo obrero ha experimentado la Compañía de Jesús, que antes apenas se desenvolvía nada más que entre las clases aristocráticas, alto-burguesas o profesionales.

Y lo mismo en lo que dice de los países subdesarrollados, para los que propugna una revolución social, pero una revolución sin violencia como es la defendida, con tanto acierto, por monseñor Helder Cámara, el arzobispo brasileño.

Habla también de la cuestión social, y dice: «No estoy muy metido en esto. Pero a la corta soy pesimista. A la larga, tengo la esperanza cristiana. Veo que el neo-capitalismo va ganando bazas. Y que mucha gente está ganada por las drogas, el fútbol, los toros y demás». Y preguntado por qué tipo de organización social propugnaria para el futuro, contesta: «Me cae bien la autogestión de empresas, como se hace en Yugoslavia. Un socialismo».

Y expresa también un fuerte temor: «Temo el triunfo del neo-capitalismo, que se gane al pueblo. La sociedad de la opulencia con pies de barro, como en Norteamérica. Temo que el capitalismo compre al pueblo y lo haga cómplice de su sistema».

Y al mismo tiempo manifiesta un gran deseo: «La promoción del pueblo, que él mismo adquiera cultura. Así se dará cuenta de que no puede ser juguete de nadie y se opondrá a ser comprado. En eso creo que el pueblo español tiene más solera que el norteamericano, por ejemplo».

Un excelente esquema programático, desarrollador integral del ser humano —en su aspecto individual y social—, que termina con una canto a la sinceridad, a la difícil sinceridad —diría yo—, porque es más fácil desearla que expresarla de modo que se comprenda por todos. Sus palabras dicen textualmente: «Redescubrir la sinceridad total en nuestro trato... Para ser eficaces hay que mentir, o al menos tener destreza; para decir la verdad hay que tener valores». Sí, hay que tener el coraje de la verdad; pero, al mismo tiempo, hay que saber hacerse comprender, porque todo no está en expresar a nuestro modo lo que pensamos: lo que hace falta es que a uno le entiendan, y eso es lo que no es tan fácil en el mundo de hoy.

Yo, que tan al unísono estoy —en líneas generales— con el pensamiento, todo franqueza y sinceridad, de este jesuita, ejemplo viviente en sí mismo de la revolución personal —hacia adelante y no hacia atrás— que los años han realizado en él, me he quedado un poco perplejo por su último artículo de la revista *El Clervo*, donde comenta —con gran acopio de cariño, pero no sé si entendiéndome— un artículo mío de TRIUNFO.

Había hablado yo en él del «fracaso» del progresismo religioso, tomando pie de una conferencia de Jesús Aguirre. Y me encontraba, en mi artículo, de acuerdo con la tesis sustentada por este inteligente cristiano y sacerdote que propugnaba ir más allá del progresismo, porque —según piensa él y pienso yo— el progresismo religioso es algo que, en la Iglesia, se ha quedado ya corto.

Y aunque hace esfuerzos el padre Llanos por comprenderme y estar de acuerdo conmigo, veo que le queda un pequeño poso —me parece a mí— que le nubla un poco el entendimiento total y pleno de mi artículo. A mí me parece que el fallo está en la difícil sinceridad: cada uno vemos, en las palabras del otro, buena parte de nuestras propias preocupaciones o temores. Lacroix, el filósofo católico francés, decía que esta cualidad de ser sincero es la más difícil, y no sólo por uno mismo, sino por los demás. Hoy experimentamos esa fuerte y grave dificultad ante la casi imposibilidad de comunicación comprensiva entre los hombres de nuestra época. Hablamos y hablamos, pero la mayor parte de las veces todo ello se parece a un diálogo de sordos.

Yo hablé en mi artículo solamente del progresismo eclesial, y no del progresismo social, económico, cultural o político. Si con este último progresismo terreno se quiere decir que se está del lado del avance socializador, sin duda yo no puedo estar en otro lado. Pero nunca me atrevería a identificar el progresismo eclesial con el progresismo social, económico, cultural o político, tal y como yo concibo este último.

Se puede creer —como yo creo— que el progresismo eclesial conduce a un nuevo clericalismo de izquierdas, más atractivo que el anterior clericalismo de derechas; pero no por eso menos execrable en cuanto clericalismo. Y, sin embargo, estar plenamente del lado del avance en todos los campos terrenos, como yo quiero estar.

En lo eclesial basta ser simplemente cristiano —como lo fueron los primitivos seguidores de Cristo— para sentirse movido a ser hoy lo más progresivo posible en lo humano y terreno de cara a la estructura de la sociedad, y precisamente para poder ser coherente con las vivencias profundas de paz, amor, justicia y libertad que son propias del cristianismo, y que hoy hemos descubierto los cristianos tan claramente. Pero no hace falta para ello una nueva etiqueta de integrista o de progresismo eclesial, porque aquello —en mi opinión— es propugnar una Iglesia conservadora y dictatorial, como hacen los conservadores, o esto es una Iglesia democrática, pero igualmente institucionalizada, dominante y —por tanto— insatisfactoria y engañosa, como pide en la práctica el progresismo religioso que hemos conocido hasta hace poco.

La Iglesia —para mí— es, y ha de ser ante todo, grupos comunitarios espontáneos que, con su sencillez, vitalidad y ausencia de estructura jurídica grandiosa, hagan revivir nuevamente el Evangelio en sus propias conciencias personales, lanzándose luego al mundo —unidos con todo hombre o mujer de buena voluntad— para encarnar esta inquietud de paz, amor, justicia y libertad que le descubre al creyente el cristianismo, y hacerlo con un sentido transformador profundo, humano y social.

Lo que no quiero es que esto —que tan importante es para el cristiano— se dicte —como ha pretendido muchas veces el progresismo religioso— con pelos y señales por el que ejerce autoridad en la Iglesia, que ayer fue conservador y hoy es más abierto. Porque los creyentes debemos ser ya considerados como mayores de edad, y por eso deberá bastar que se nos recuerde —oportuna e inoportunamente— el Evangelio y se ponga éste al alcance de todos viviéndolo —a pie de igualdad clérigos y seglares— en nuestra sociedad actual desde dentro, como propugna con razón el teólogo Karl Barth en su «Proclamación del Evangelio».

Pero nada de autoritarismos ni de juridicismos eclesiásticos en lo temporal, por progresivos que sean, porque están ya trasechados y resultan para nuestro gusto producto de un clericalismo atractivo, pero en el fondo anacrónico. Lo que pedimos es estímulo a nuestra responsabilidad humana y acicate para ella, con el fin de que seamos nosotros mismos quienes decidamos lo mejor para el hombre y la sociedad, sin mediatizaciones religiosas al dictado, y que lo decidamos igual que lo puede decidir un no-creyente. La fe impulsará y animará nuestra responsabilidad de hombres conscientes de los problemas del mundo; pero nunca deberíamos pretender que la autoridad eclesiástica dictase un nuevo Syllabus progresista en lo temporal, réplica al conservador Syllabus del siglo pasado. Nosotros somos los que hemos de dar un valiente paso hacia una organización más humana y profundamente socializada de la vida.

Y eso no lo hará ninguna «tercera vía», que fuese una especie de centrismo o de componenda entre dos extremos, como ha querido Servan Schreiber —el cual me repele profundamente, como ha dicho varias veces—, y al que usted, querido y respetado padre Llanos, alude al comenzar su artículo sin saber yo muy bien por qué.

Sinceramente, me quiero encontrar «más allá» del progresismo religioso, tal y como lo hemos vivido en concreto muchas veces hasta hace poco. Porque quiero tener un cristianismo que me impulse desde dentro, y no un cristianismo que me esté dando siempre el palmetazo del antiguo maestro de escuela, sea cual sea el color de este palmetazo. Pero al mismo tiempo creo que los cristianos tenemos que estar cada vez más inquietos por no haber sabido plasmar nuestros progresivos y progresistas impulsos humanos, tan valientemente y tan radicalmente como lo han hecho otros que no lo son.

MIRET MAGDALENA